

**DANIEL BRAILOVSKY<sup>1</sup>**

*“Esta situación nos hace valorizar de otra manera lo que se pone en juego a la hora de enseñar, el sentido profundo de la escuela”.*

PABLO PÉREZ CHITERI<sup>2</sup>**RESUMEN**

La entrevista al Dr. Daniel Brailovsky, recupera una voz potente para nuestros tiempos por su experiencia y su permanente reflexión sobre la educación. Particularmente pone el foco en la escuela, la enseñanza priorizando los principios pedagógicos que rigen el accionar de la tarea docente

**PALABRAS CLAVE**

EDUCACION-ESCUELA-VIRTUALIDAD-VINCULO PEDAGOGICO

---

<sup>1</sup> Daniel Brailovsky es doctor en Educación, maestro jardinero y profesor de música. Docente investigador de Flacso/Argentina y en el ISPEI Sara Eccleston, entre otras universidades e institutos. Autor de numerosos artículos y libros, su libro más reciente, es: *Pedagogía (entre paréntesis)*, Buenos Aires: Novedades Educativas, 2019. / [dbrailovsky@flacso.org.ar](mailto:dbrailovsky@flacso.org.ar) / [bit.ly/dbrailovsky](https://bit.ly/dbrailovsky) / Instagram: @danibrai

<sup>2</sup> Profesor de Escuelas Secundaria de Viedma, y docente del CURZA en las asignaturas Literatura Española y Didáctica específica. Estudiante de posgrado en la Maestría en Educación Literaria localizada en el CURZA-Universidad Nacional del Comahue.



**Para empezar, me interesa tu mirada amplia de la cuestión. Me gustaría saber cómo ves que están respondiendo los docentes a esta situación excepcional. Desde lo técnico o tecnológico, pero también, y principalmente, desde lo afectivo, desde lo anímico... incluso si querés agregar alguna cosa tuya personal, en el sentido laboral, también sería muy bienvenida...**

Creo que esta pregunta puede entenderse desde las distintas facetas que definen a un docente. Suele pensarse el rol docente, por ejemplo como trabajador, como artesano de su oficio, como profesional, como actor social, como sujeto político. Creo que en cada una de esas dimensiones los docentes estamos interpelados de distintas maneras. En lo laboral, por ejemplo, habrá algunos para los que la virtualidad no cambió demasiado su trabajo, porque ya estaban acostumbrados a un trabajo a distancia con medios tecnológicos. En lo personal, eso me pasa en algunos cursos que ya daba en forma virtual, pero hoy los cursos que no eran virtuales y “cayeron en la educación virtual” (como me gusta decir, parafraseando a un ex ministro de educación) son los que afectan de una manera más directa la situación percibida como normal. En lo laboral, los tiempos de trabajo se vieron intensificados, las condiciones cambiaron, se dibujaron completamente el tiempo de trabajo y el tiempo del hogar. La disponibilidad de recursos, por otro lado, es un dato muy relevante: ni todos los estudiantes ni todos los docentes están dotados en sus hogares de los insumos tecnológicos para poder llevar adelante todas las actividades que eran presenciales en forma virtual, con el agregado de la gestión de los alumnos, la parte administrativa, etcétera. La producción de videos, la edición, todo eso lleva mucho tiempo si hay que hacerlo bien, y demanda muchos insumos. En circunstancias normales también se necesita dedicarle tiempo a la producción de los materiales, a la comunicación con otras personas, pero ahora se debe compatibilizar los tiempos de trabajo con los de cuidado de los hijos, hay que turnarse con otros familiares en el uso de los insumos tecnológicos.

Ahora, desde el punto de vista del oficio, siento que esta situación nos hace valorizar de otra manera lo que se pone en juego a la hora de enseñar, el sentido profundo de la escuela. Estarán los que dirán que la virtualización de la enseñanza ya era algo que se veía venir con toda claridad y lo que hizo esta pandemia es darle un empujón a la realidad hacia un futuro al que de todos modos estamos destinados. Quienes piensan así dirán que, si las cosas ahora nos cuestan, será porque no habíamos innovado lo suficiente, o porque no nos habíamos adaptado al mundo digital a la suficiente velocidad.



*"Uno sale de muchos lugares cuando entra a la escuela y entra en esa lógica (la escolar) que de alguna manera suspende otras lógicas: la del consumo, las de los mandatos familiares, la de ciertos destinos a los que uno está prefijado por pertenecer a tal o cual comunidad."*

Personalmente, no suscribo a esa posición. Creo más bien que este escenario lo que hace en todo caso es poner en evidencia que la verdadera función de la escuela no es tanto la de comunicar contenidos, ni la de hacer una contabilidad de las competencias y los conocimientos de las personas (si bien por supuesto que se aprende, y se aprende mucho en la escuela) sino la de crear un encuentro que transcurre fuera del ámbito familiar, que es un tiempo diferente del tiempo de la vida fuera de la escuela.

Uno sale de muchos lugares cuando entra a la escuela y entra en esa lógica (la escolar) que de alguna manera suspende otras lógicas: la del consumo, las de los mandatos familiares, la de ciertos destinos a los que uno está prefijado por pertenecer a tal o cual comunidad. Esto se ha dicho de una manera muy linda en el libro *En defensa de la escuela*, de Maarten Simons y Jan Masschelein: el tiempo escolar, la *scholé*, es la materia prima de eso que fabricamos los maestros.

**Las herramientas tecnológicas que estamos usando ahora ya estaban el año pasado, salvo alguna cuestión que se ha depurado un poco, que alguna de las empresas aprovechó para *aggiornar*, las herramientas en sí ya estaban. Y el uso que hacíamos de ellas era bastante marginal y yo creo que no es tanto porque los docentes seamos perezosos o porque no tengamos capacidad técnica para hacerlo sino porque creo que más o menos conscientemente todos sabemos que hay algo que pasa en el aula que es irremplazable, ¿no? Cuando digo en el aula digo en cualquier espacio donde nos juntemos en la presencialidad y me parece que esto es cercano a lo que vos llamas la magia del aula. Entonces como siguiente pregunta me gustaría si vos podés redondear este concepto, expandirlo, explorar un poco este concepto de la magia del aula qué es lo que pasa ahí y sobre todo si podemos pensar qué cosas de esa magia del aula pueden activarse en la virtualidad. Obviamente que es irremplazable lo otro, el encuentro de los cuerpos con la voz y la mirada, pero si podemos salir de la cuestión fría de la tecnología y si alguna de esas cosas que activan la magia del aula se pueden poner en juego también en la virtualidad...**

La idea de pensar al aula como un lugar que produce cierta magia no tiene que ver con una idealización romántica del espacio, del aula, como un espacio. Hago esta aclaración porque es sabido que, a veces, se habla de ciertas actividades que están un poco idealizadas (el juego, el aprendizaje) apelando a metáforas poéticas de una manera más



literaria que analítica. Y eso no está mal, claro, pero en este caso, me refiero literalmente a que el aula propicia una forma de encuentro que, en contraste con los encuentros espontáneos entre las personas, produce efectos muy fuertes. El aula coloca a las personas en posición de sostener una conversación extensa, profunda, sin apuro, documentada (por lo general siempre hay algún libro en el medio de esa conversación), bastante despojada de prejuicios, mirando a través del vocabulario cuidado, desde ciertas lógicas que están siempre bajo estudio.

*"Me parece que esa operación del aula, la de favorecer ese tipo de conversación tan particular (que, insisto, no se da en la sobremesa, ni en el bar, ni en las reuniones de amigos) es tan única y tan potente que le cabe la calificación de mágica"*

El aula promueve nuevas formas de pensar, las de las disciplinas, que cuidan de distintos modos la honestidad intelectual del intercambio. En el aula, además, y a pesar de esta búsqueda de rigor, vale decir todo lo que uno piensa sin miedo a equivocarse, sin miedo a que sea una tontería. Vale preguntar y preguntarse cualquier cosa, porque todas las preguntas ayudan a seguir conversando. Y como si todo esto fuera poco, lo que motiva a esa conversación es la conversación misma. O sea: carece de toda utilidad específica. No se conversa para resolver un problema. ¿En qué otro lugar en el mundo, en la existencia habitual de las personas, de las instituciones, etcétera, existe un espacio que genere una forma de conversación como esta? ¿En qué otro lugar personas de 10 años, de 30 o de 40, hablan juntas sobre historia antigua (por ejemplo) durante varias semanas, y miran imágenes, cuadros, ven películas, leen libros, y todo sin otra finalidad que la de recorrer esos momentos interesantes de la historia y hacer analogías? ¿Dónde más, como dice Larrosa, el mundo se estira hacia el pasado y hacia el futuro para pensarlo mejor?

Me parece que esa operación del aula, la de favorecer ese tipo de conversación tan particular (que, insisto, no se da en la sobremesa, ni en el bar, ni en las reuniones de amigos) es tan única y tan potente que le cabe la calificación de "mágica". Es cierto que los amigos, los parientes, los amantes, también pueden conversar de maneras muy hermosas. Pero la conversación que se da en el aula no se apoya, ni se funda, ni celebra la amistad. En el aula las personas son, con bastante frecuencia, perfectos desconocidos que se han encontrado ahí porque tienen esa edad, o salieron sorteados en esa escuela, o



la inscripción los llevó a ese espacio. No están allí por afinidad, sino que están allí para conversar. Muchas veces termina el año, la materia, el curso, y no se vuelven a ver jamás. Y, sin embargo, son conversaciones que dejan huella, son conversaciones que nos forman. Al final de una carrera superior, por ejemplo, un estudiante habrá cursado 30 o 40 materias y obtendrá un título. Se recibirá. Se convertirá en algo que no era (maestro, nutricionista, radiólogo, lo que sea). Y esas 40 materias representan algunos encuentros, de un par de horas cada uno, con un grupo aleatorio de personas con las que, básicamente, se conversó, se practicó, se leyó, se conversó sobre lo leído. Pero como esas conversaciones no tuvieron lugar en un bar o en la sobremesa, sino en un aula, entonces son formativas y nos convierten en algo que no éramos. Creo que esa idea de magia tiene que ver también con ese efecto de transformación.

Ahora bien ¿Es esto posible en la virtualidad? ¿Cuáles son las cualidades de esa magia, de ese tipo de conversación, de ese tipo de encuentro, pueden replicarse en la virtualidad? Una de las cualidades es la de crear un espacio separado del espacio cotidiano que es el espacio del aula, y separar un tiempo diferenciado del tiempo común que es el tiempo de la clase, y eso en la virtualidad puede llegar a suceder en las clases sincrónicas. Especialmente cuanto mayores son los alumnos, más pueden reconstruir su oficio de estudiantes y meterse en el clima áulico a través de un encuentro sincrónico. Pero claramente ese “estar en el aula”, ese “ser estudiante”, ese “convertirse en sujeto de la conversación” no es algo que se pueda aprender desde casa mirando una pantalla. Los chicos de primer grado (tengo la sensación de que son los más perjudicados educativamente por este aislamiento) no van a crear un efecto de aula a través de Zoom, ni de Meet, ni de ninguno de esos medios. Por eso, creo que eventualmente puede reconstruirse esa magia cuando ya existía, y cuando uno ya la tenía apropiada. Eso no significa que en forma excepcional sea concebible (y necesario, porque vale la pena intentarlo) reconstruir lo que se pueda de eso en los encuentros virtuales con nuestros alumnos, porque estamos transitando una catástrofe, estamos transitando un momento trágico de la humanidad en el que la gente sufre, se enferma, muere, está encerrada, está recluida, está más pobre, está angustiada, y entonces por supuesto que vale la pena reconstruir lo que se pueda, de la manera que se pueda. Y para eso hay recursos, ideas y un genio o una imaginación pedagógica que puede estar al servicio de esa reconstrucción. Pero de ninguna manera me parece que esto pueda pensarse como una forma estable de la escuela.



**¿Cómo prevés que puede ser el año que viene, el 2021, en la educación en Argentina? O sea, ¿Qué cosas de esta tecnología educativa de la virtualidad han llegado para quedarse? ¿Qué características tendrá la nueva normalidad en cuanto a la presencia en las escuelas? ¿Qué diferencias pensás que se pueden profundizar, en relación con diferencias sociales o diferencias geográficas, en nuestro país?**

A mí me da, por supuesto, la sensación de que todos vamos a volver habiendo aprendido mucho sobre las posibilidades y las no posibilidades de las tecnologías en la enseñanza. Me parece que hablar homogéneamente de las tecnologías en la enseñanza es injusto con la enseñanza. No es lo mismo, por ejemplo, utilizar las tecnologías en el aula que usarlas como medio de encuentro. Es decir, las tecnologías como recurso en el aula son un mundo y las tecnologías como escenario de la enseñanza, son otro mundo. Me parece que mis propias clases presenciales en el futuro, probablemente, utilicen de una manera más elaborada, e incluso más sensata, los recursos tecnológicos para complementar la presencialidad. Pero también creo que queda puesto en su justa dimensión lo que puede prometer y lo que no puede prometer una enseñanza impartida y desarrollada en plataformas o medios virtuales. Creo que saldremos valorando más la presencia y el encuentro, y sabiendo lo peligroso que es pretender virtualizar lo invirtualizable. Por la misma razón que una relación pedagógica no puede convertirse en una relación puramente virtual, por lo que una relación amorosa no podría convertirse en una relación puramente virtual, o una amistad no podría ser puramente virtual. Alguien dirá: “si, siempre existieron los amigos por carta o las parejas que viven separadas...” Bueno, pero son notables excepciones, ¿cierto?

*“El mundo sería mucho más injusto y más desigual, si no existiera la escuela.”*

Y después, o tal vez antes, la cuestión de las desigualdades, que se han puesto más en evidencia con la pandemia y que es una de las cuestiones más estudiadas y más analizadas en este momento, porque es lo que más preocupa, por supuesto. Y de nuevo, esto no hace más que reafirmar el tipo de fuerzas igualadoras que ofrece el encuentro en presencia. Después también va a seguir habiendo haber gente que no tenga plata para el boleto de colectivo que lo lleve hasta la escuela, desde ya. Y las diferencias van a seguir existiendo, y las desigualdades van a seguir existiendo. Pero creo que la escuela, aún con todas las críticas que ha recibido y viene recibiendo, acusada de perpetuar o reproducir las diferencias sociales, las atenúa en buena medida. Las críticas reproductivistas son interesantes llamados de atención sobre lo que produce la escuela a





nivel social, pero el mundo sería mucho más injusto y más desigual, si no existiera la escuela.

**Quería sacarte, quizás, un poco de tu zona más de confort, pero me interesa tu mirada sobre el nivel del que en general no te escucho hablar pero estoy seguro que tenés una mirada ya armada, qué es el nivel medio. Entendiendo que de esta situación va a surgir un cambio cultural, veremos después qué tan profundo, me gustaría si podés dar una vuelta de tuerca en relación con la respuesta anterior, mirando hacia los adolescentes, hacia la primera juventud. Sé que tenés una mirada integral de la docencia, de la educación y sé también que, en general, el nivel inicial y el nivel primario también dedican parte de su tiempo a pispear un poco la proyección... Si podés hacer alguna especulación de cómo ves a los jóvenes, en cuanto a cómo están ellos de preparados para este tiempo, por cosas particulares de su cultura maravillosa, que les puede dar cuestiones a favor, y qué modificación pensás que puede haber en la cultura juvenil en general y en la educación secundaria en particular.**

Más que de mi zona de confort me saca de mi zona de *expertise*, si existe tal cosa... El nivel secundario es el único en el que nunca di clases sistemáticamente. Fui maestro de jardín, de primaria, de carreras terciarias, de carreras de grado y de posgrado, pero nunca de secundaria. Más que algún taller suelto, alguna cosa esporádica. Entonces me cuesta un poco más pensarlo desde la experiencia. Pero, bueno, como capacitador, como padre, y como exalumno y por lo que he leído, y esto es simplemente una sensación, porque no se basa en una lectura profunda ni en una investigación, creo que puede pensarse desde el siguiente punto de vista. La cultura adolescente, definida desde toda esta perorata de los “nativos digitales” como una cultura virtualizada, digitalizada, etcétera, encontraba en la exigencia de presencia escolar una cierta oposición. La tensión era entre un mandato adulto (“debes ir a la escuela”) y una resistencia adolescente (“quiero surfear la web”). Ahí podemos ver una versión típica del choque intergeneracional, es el adulto que le exige al alumno que se haga presente, que agarre los libros, que estudie. Y el alumno se refugia en el celular, en la pantallita, en la cual se supone que encuentra un territorio que domina más que el adulto. Y hay mucho análisis sobre la inversión de la asimetría, sobre ese entusiasmo (un poco bobo, creo) que se generó alrededor del concepto de nativos digitales, y que contribuyó a naturalizar la idea de una juventud, de una adolescencia naturalmente tecnologizada. Ahora, en el momento en que las pantallas se convierten en un imperativo escolar y ya no es lo que la escuela prohíbe, lo que la escuela no acepta, lo que la escuela se niega a incorporar a sus prácticas, ahora que la pantalla pasa a ser la propuesta oficial, la cosa cambia. Los celulares son el medio en el cual los profesores se comunican con sus alumnos, a lo



mejor les hablan por sus propias redes, les hablan a través de los mismos dispositivos que antes les secuestraban en la puerta para que no se distraigan... Creo que esa inversión, de alguna manera, descoloca, y sería esperable que reconfigurara, un poco al menos, los estereotipos que existían acerca de todo esto.

*“La escuela tiene que construir una reflexión situada, sensata, documentada, apelando a esa magia que la escuela tiene dentro de sus aulas, respecto de cuál es el mundo que queremos y no cuáles son las estrategias para adaptarnos al mundo que hay.”*

A mí nunca me pareció del todo creíble que hubiera una cualidad innata en las nuevas generaciones por las cuales son “como peces en el agua” con la tecnología, sólo por ser jóvenes. En el profesorado (soy docente y coordinador en un ISFD) recibimos estudiantes recién salidos de la secundaria que son casi analfabetos tecnológicos. Les va bien con Twitter, con Instagram y mandando mensajitos por WhatsApp, desde ya, pero muchas veces son incapaces de hacer operaciones más complejas que demandan un pensamiento organizado, utilizando con sensatez y estrategia los recursos tecnológicos de una manera funcional.

Hay una frase que gustan de decir los que critican a la escuela por derecha (desde lo que he llamado el “pseudo-escolanovismo de mercado”): que tenemos escuelas del siglo XIX, con maestros del siglo XX y alumnos del siglo XXI. Con esto se pretende demostrar el atraso de la escuela respecto de la tecnología que domina el escenario de la cultura: “la escuela no se adapta a los tiempos que corren...” A mí me parece que éste va a haber sido un gran empujón tecnológico para la escuela, pero al mismo tiempo, va a haber sido una gran mojada de oreja para esas hipótesis criticonas de la escuela (porque no son críticas, sino criticonas) respecto de la escuela como atrasada, no adaptada, etcétera. Está claro que la escuela no tiene que adaptarse a los tiempos que corren, sino que la escuela tiene que construir una reflexión situada, sensata, documentada, apelando a esa magia que la escuela tiene dentro de sus aulas, respecto de cuál es el mundo que queremos y no cuáles son las estrategias para adaptarnos al mundo que hay.